

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos

Vol. 1, n.º 2, julio-diciembre, 2018, 143-148

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.31381/archivoVallejo.v1n2.5161

El adjetivo «vallejiano» en el *Diccionario de la lengua española*¹

FRANCISCO JAVIER PÉREZ

Asociación de Academias de la Lengua Española

(Madrid, España)

franciscojavierperez@gmail.com



Quisiera que mis primeras palabras en la apertura de este III Congreso Internacional Vallejo Siempre, que acoge este incomparable recinto de la Casa de las Conchas, palacio gótico de don Rodrigo Maldonado de Talavera, sean de gratitud a las instituciones organizadoras: el Centro de Estudios Vallejanos, la Academia Peruana de la Lengua, el Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, la Universidad de Salamanca y la Junta de Castilla y León, y a los comprometidos creadores de este evento que gana, edición tras edición, su definitiva institucionalización, desde esa primera de 2014, en sus tres sedes de Lima, Trujillo y Santiago de Chuco y, su segunda edición, en el 2016, en Montevideo.

1 Este texto fue leído como uno de los discursos de inauguración del III Congreso Internacional Vallejo Siempre, certamen realizado los días 25, 26 y 27 de junio de 2018 en Salamanca, España.

También me gustaría dejar público reconocimiento a cuatro amigos vallejanos del Perú que nos acompañan en esta sala, los académicos Ricardo Silva-Santisteban, expresidente de la Academia Peruana de la Lengua, a Antonio González Montes y a Camilo Fernández Cozman, numerarios de la misma corporación limeña dedicada al ennoblecimiento de la lengua, y a la profesora y artífice máxima Gladys Flores Heredia, cuyos esfuerzos de estudio y difusión del vallejanismo causan notable admiración. Asimismo, mi aplauso continuado para el director del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, nuestro querido amigo Gonzalo Santonja, por su compromiso por la lengua y por el fomento de las mejores investigaciones y actividades que sobre ella se proyecten.

Hoy, cumplido el bienio de espera, llega Vallejo, finalmente, a España, el país que fue tan determinante para la vida y la obra del escritor de Santiago de Chuco, país al que tanto quiso y que tanto lo hizo sufrir en angustia, al punto de ser nuestro poeta el mayor sufridor por la lucha entre hermanos que conmovió todo el orbe hispánico el año 1936 y que motivó algunos de los mejores versos del propio Vallejo y algunas de las mejores páginas que recuerden nuestras letras, más allá y más acá del Atlántico.

Efectivamente, los ecos de la guerra española del 36 y la fractura de las Españas que ella suponía llegaron a todos los confines del mundo hispánico y esta crisis significó un llamado de solidaridad como pocas veces había sido escuchado en nuestro gigantesco tímpano espiritual. El año 36 nos enseñó, como si de una globalización interhispánica se tratara (quizá la primera de nuestras globalizaciones haya sido la independencia americana), que lo que pasaba en España pasaba en toda Hispanoamérica, que lo sufrido en tierras españolas generaba una respuesta de congoja y dolor en los más remotos espacios de nuestra ciclópea geografía americana. Se trataba de un solo cuerpo y de un solo

organismo viviente padeciendo por todos sus costados una agonía que a todos perturbaría y que, cada uno en su momento y a su modo, irían sintiendo en la palestra de esa cruel arena que llamamos historia. Es el mismo sentimiento que hoy se reafirma en España cuando América padece la atrocidad de las tiranías que en la actualidad nos ensombrecen.

En una de las observaciones sobre Vallejo que Octavio Paz hace en *In/Mediaciones* (1979), lo quiere entender como un «poeta-puente», es decir, no ese que para brillar necesita de un ejercicio de terrorismo literario a su alrededor, que asole todo el terreno y lo deje expuesto a una yerma exhibición de su grandeza (el parricidio es nuestra más destestable manera de aniquilación estética). Al contrario, propende a verlo en diálogo con los suyos de su tiempo (y de todo tiempo), de su estirpe (y de toda estirpe), esa que buscaría señalar diferencias y oposiciones entre Vallejo y los de su propio escalafón artístico y mental: Bello, Darío, Martí, Rodó, Silva, Ramos Sucre, Reyes, Huidobro, Neruda, Borges, Lezama, Paz y unos pocos más, ajeno a las ideologías que chorrean sangre, que derraman tinta funesta y que segregan bilis envenenada. La situación vallejana de puente es la que facilita el dibujo de un solo y único cuerpo en nuestro común género humano, ese del que hablaban tanto los patriarcas de la Independencia, formando un todo en el concierto panhispánico de la lengua y del espíritu. Si Vallejo no hubiera avanzado en su particular visión panhispánica, la literatura en nuestra lengua se hubiera perdido, no solo el compromiso genial de un hombre de pensamiento y obra, sino el inigualable prodigio de escritura desgarrada que supone su sacro libro *España, aparta de mí este caliz*, cuyos versos, se los lea cuantas veces uno quiera, sacuden el espíritu y perturban el corazón lacerado por la crueldad de los hombres. Aquí habrá que recordar también el similar *España en el corazón*, de Pablo Neruda, libro movido por simétricos reclamos vallejanos de moralidad humana. Frente al «¡Cuídate, España,

de tu propia España!», tan histórico y actualmente sabio, Neruda homologaría sus versos:

Chacales que el chacal rechazaría,
pedras que el cardo seco mordería escupiendo,
víboras que las víboras odiarán!

Frente a vosotros he visto la sangre
de España levantarse
para ahogaros en una sola ola
de orgullo y de cuchillos!

Si, como decía Octavio Paz, la poesía es entrar en el ser, no encontraremos otro poeta hispanoamericano que pueda ser referente más poderoso y auténtico de esa idea que este Vallejo que hoy nos convoca. Sin embargo, con Vallejo también se concreta la inversión del fenómeno, y junto a ese entrar en el ser por parte de la poesía nos encontramos con el ser que entra en la poesía, en un proceso de asimilación en donde poesía y ser se consustancian en una sola y única nueva realidad.

Siempre me ha extrañado la ausencia de Vallejo en ese magistral libro de reconocimientos que es *Españoles de tres mundos*, de Juan Ramón Jiménez. Revisa el poeta de Moguer el largo periodo que va de 1914, cuando nace el siglo XX, hasta 1940, cuando España nace de su propia muerte. Y Vallejo, que tanto hizo por ese nacer de la muerte, no aparece individualizado en escrito alguno de este libro. Y extraña con dolor, pues junto a los nombres americanos que ha espigado Juan Ramón: Martí, Darío, Silva, Rodó, Reyes, Teresa de la Parra y Neruda, no está Vallejo, como tampoco Huidobro y, así, este reciprocarse hace que se aminoren los dolores al compartirse entre dos tan grandes ausencias. A diferencia de los modernistas, que se anclaron en la influencia francesa para la construcción de su credo poético,

la generación de Vallejo la tendrá en los poetas españoles, herederos de la renovación de las vanguardias estéticas de comienzos del siglo XX.

Como siguiendo el trazado que muchos grandes de nuestra literatura y de nuestros estudios lingüísticos habían indicado desde el siglo XIX, siempre una búsqueda de acuerdos que hagan sólidas las diferencias dentro de la unidad de la lengua, la Asociación de Academias de la Lengua Española se ha empeñado, y cada vez con más persistencia, en promover el panhispanismo lingüístico como única vía para dejar sin efecto cualquier resto de hegemonía que pudiera quedar de los viejos órdenes mentales y, más aún, para evitar que surjan nuevas maneras de esta atroz especie, que como hija de desigualdades las crea en todas partes y que, como heredera de dictaduras, las quiere hacer sólidas en la vida lingüística de todos. Continuando el programa de Bello y de sus epígonos transtemporales, se ha buscado una democracia de la lengua que permita aceptar la variedad con derecho propio y hacer sólido el cuerpo comunicacional común de una lengua que acepta la pluralidad como uno de sus más altos valores.

Antes de terminar, me gustaría adelantar la que podría ser una de las conclusiones de este congreso que, aunque simple, no deja de ser tremendamente significativa. Se trata de que ustedes propongan a las academias —y aquí va mi sugerencia— que el *Diccionario de la lengua española*, cuya edición 24 se trabaja en la actualidad, incluya el adjetivo «vallejiano», referido a «lo perteneciente o relativo al poeta César Vallejo» y al «estudioso de la obra de César Vallejo», que no aparece en la edición vigente del más importante e influyente diccionario de nuestra lengua. De esta suerte, al modo de «bellista», «borgiano», «lorquiano», «martiano» y unos cuantos más, que ya figuran por derecho propio y para orgullo de nuestras letras dentro del corpus léxico de la lengua confirmados por su presencia en el antecitado

diccionario. Vendría a ser, en otro sentido, como dotar a Vallejo de una nueva forma de permanencia dentro de nuestros imaginarios, gracias a su presencia estable en los repertorios que describen léxicamente el español. Vendría a ser como darle una nueva vida haciéndolo palabra y estandarte, por la irradiación que producirá su presencia diccionariológica, en todos los que mañana hablen nuestra lengua; ese español potente que el propio poeta contribuyó tanto a perfeccionar.

Desde la Asociación de Academias de la Lengua Española quiero enviar un aplauso clamoroso a todos los que con tanto fervor han hecho posible este evento y felicitarlos por contar entre sus intereses de estudio de la literatura en nuestra lengua a uno de sus nombres más grandes: este César Vallejo que, gracias a todos ustedes, hoy regresa a España.